Los santos no marchan en Nueva Orleans

Manuel Quintero Pérez

Los santos no marchan en Nueva Orleans

Manuel Quintero Pérez

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2020
© Manuel Quintero Pérez, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 978-84-18460-44-9
IBIC: FF

Imprime Podiprint

avant
editorial

Oh, cuando los santos vienen marchando
Oh, cuando los santos vienen marchando
Señor, cómo quiero estar en ese número
Cuando los santos vienen marchando.

When the Saints Go Marching In

Conozco un lugar donde muy pocos van; dicen que
si te quedas demasiado tiempo allí, pierdes tu alma.

DANIELLE NICOLE, Wolf Den

EL POLVO DEL CEMENTERIO

Desperté para ver la suave luz del amanecer filtrándose a través de las cortinas. Abrí la ventana y del jardín me alcanzó el aroma verde y aceitoso de hierba recién cortada. La fresca mañana me alegró el espíritu. Me lavé la cara con agua fría para despejarme, tomé lo que quedaba en el cartón de zumo de naranja y salí a trotar. A esa hora los visitantes del parque son jubilados que sacan sus perros, otros vejetes que tienen fe en las promesas del taichí para aliviar sus dolidas articulaciones y jóvenes que quieren llegar a los setenta sin tales dolores y sudan la camiseta trotando por los senderos. Mi vecindario colinda con el parque más grande de la ciudad, que tiene un bosque de pinos y magnolias y centenarios robles españoles con sus troncos cubiertos de musgo. Es difícil no alegrarse trotando en ese parque en una mañana radiante y fresca de marzo.

Corrí mis cinco kilómetros habituales y regresaba a casa, puntual, a las siete y treinta, cuando me crucé con Oliver, el vecino que saca sus perros a esa misma hora, con metódica insistencia. Oliver tiene un pésimo sentido de civismo y deja los excrementos donde mismo lo depositan sus *setters* irlandeses. Su desidia me obliga a mirar el sendero de vez en cuando para no pisar la perruna mierda, cosa que me pone de un humor de perros.

Nos saludamos con un gesto que quiso ser amistoso y me precipité en el apartamento para ducharme. Anticipé el placer del chorro golpeándome la cabeza. Tibia al principio, enfriándola poco a poco, luego tibia de nuevo para sentir ese calor que masajea los músculos engarrotados e incita a acariciarse los genitales pensando en Betsy, la mujer de Oliver, el vecino de los perros cagones., una trigueña de impecable definición muscular, ojazos color avellana y una sonrisa que te hace sentir contento de estar vivo. Masturbarme fantaseando con Betsy es un justo desagravio por las veces que pisé la mierda de sus perros. Pensaba en la vecina y caminaba sudado y desnudo al cuarto de baño cuando sonó el móvil. No el móvil privado, sino el que me conecta con el oficial de guardia. Escuché la voz ronca del capitán Gary Beck, alias El Lento.

«Greg, hay un fiambre en la intersección de Humanity y Mandeville, en Gentilly Terrace. Marlon está pasando a recogerte en quince minutos.» Tiempo apenas suficiente para un duchazo, una taza de café y una tostada. Adiós al desayuno con cereales y huevos revueltos y panqueques con sirope de arce. Me perdería también al colibrí de garganta roja que a esa hora atrapa insectos en el jardín.

Antes de salir, rellené de alpiste el comedero de la jaula de Mozart, el canario. No soy un aficionado a los pájaros enjaulados, pero son útiles para detectar si alguien entra en tu casa cuando estás ausente. También resultan económicos, fáciles de limpiar, ocupan poco espacio y de vez en cuando cantan con el cuello inflado. Mozart no era muy dado a cantar cuando lo traje. Mi hermana Jess me recomendó hacerle escuchar grabaciones de canarios cantando. Ahora Mozart canta, a veces hasta diez minutos sin tomarse un respiro. Apuesto que si le traigo una canaria cantaría media hora.

Diecisiete minutos después, el Chevy azul metálico de Marlon asomó su reluciente carrocería por la esquina de Memphis y Chapelle. Marlon es un cubanoamericano de rostro velludo y músculos que ponen a prueba las costuras de su camisa. Más conocido como Marlon Cara de Pala por la forma ancha y plana de su rostro. Dice que se metió

a policía para proteger y servir. Yo creo que lo hizo por la paga. Ahora que le ascendieron a sargento, va a trincar setenta grandes por año. Puso cara de espanto cuando le solté que en quince años va a sufrir de tensión arterial alta, obesidad y alcoholismo; la antesala para ingresar al destacamento de los depresivos y suicidas. Cada año se suicidan más policías que los que mueren en la línea del deber.

Entré al auto y me miró sonriente.

—Hola, compañero, ¿qué te parece ese lugar donde encontraron al occiso?

—En ese barrio hay cada vez menos humanidad —respondí.

Marlon asintió y apretó la mandíbula. Le pregunté por su padre, que padece una de esas enfermedades aberrantes de la senilidad.

—Uno no sabe cuánto quiere a sus padres hasta que le toca limpiarles la mierda —dijo, con el rostro muy serio—. Greg, ¿sabes qué he estado pensando? Que la vida es un ciclo de mierda. Los viejos te la limpian cuando eres chiquito y después tú se la limpias cuando eres grande. Pero seguro a alguno de esos escritores maricas ya se les ocurrió la frase.

La vida era un ciclo de mierda por otras razones, pero la conclusión de Marlon era bastante acertada.

Saliendo de Chapelle torcimos a la derecha para buscar el bulevar Robert Lee. Rellenamos el tanque en la gasolinera Chevron del bulevar con avenida Franklin, a dos dólares treinta y seis centavos el litro de la regular. Marlon se guardó el recibo y bajamos por Franklin hasta la avenida Florida. Entramos a Gentilly Terrace por la calle Luisa, una calzada de doble vía bien asfaltada, y seguimos hasta Humanity.

Gentilly Terrace es un vecindario de casas de madera con techos de dos aguas levantadas sobre pilotes de concreto y muchos solares yermos donde crece una maleza enmarañada. El noventa y seis por ciento de sus habitantes son afroamericanos, el ingreso promedio es un tercio de la media nacional y la tasa de criminalidad es alta. Un sitio para desclasados y parias.

Dejamos el auto en Humanity y caminamos hacia Mandeville. El único sonido en la soleada y tibia mañana lo hacían las botas de combate de Marlon crujiendo sobre la gravilla. Al final de la manzana la acera había desaparecido, reemplazada por un charco de agua pestilente donde flotaban papeles, estuches plásticos de comida rápida y condones usados.

Los patrulleros habían establecido un perímetro encintado alrededor del cadáver. El único curioso era un adolescente mofletudo con signos faciales de retardo mental que observaba todo con ingenuo entusiasmo. Cincuenta metros a la redonda solo había solares desocupados. La casa más cercana, sobre Mandeville, estaba oculta parcialmente por los arbustos. Supuse que el chico habitaba en esa casa. Las otras dos casas visibles sobre Humanity distaban sus buenos ochenta metros de la intersección.

Los patrulleros nos saludaron y levantaron la cinta para dejarnos ingresar. Cubrimos los zapatos con fundas plásticas, nos pusimos los guantes y nos acercamos al cadáver. El cuerpo descansaba a unos pasos de la vía asfaltada, sobre un lecho de hierba de tallos morados y bordes ásperos. El interfecto era un mulato frisando los cincuenta, delgado y de mediana estatura. El barbero había afeitado una línea recta a través de su frente y alrededor de sus sienes, dándole al rostro una apariencia cuadrada. Estaba boca arriba y le habían hendido de un buen tajo la garganta, cortando la tráquea, el esófago y las carótidas, casi separando la cabeza de ojos saltones del tronco. Imaginé que había hecho un intento desesperado por gritar, pero solo hubo ese ruido horrible de la sangre brotando a borbotones de su cuello. El frustrado intento había dejado la oscura boca abierta como una ostra despojada de su perla. Su camiseta con la bandera gay en forma de arco iris tenía grandes manchas rojas. La sangre había respetado la leyenda en letras verdes: *Smile If You're Gay*.[1] Una tanga minúscula de cuero sintético con cinturón y cuerdas ocultaba su abultado sexo. Había tierra oscura bajo sus uñas, diferente

1 Sonríe si eres gay.

de la arcilla fina del solar. A los pies del difunto había un parche de ojos azules, unas flores silvestres que crecen en primavera. A la derecha del cuerpo estaba la sábana ensangrentada donde le habían envuelto y transportado hasta allí.

—Lo mataron en otro sitio y lo trajeron aquí —dijo Marlon.

Marlon se siente inteligente diciendo esas idioteces. Lo dejé contemplando el cadáver y exploré los alrededores. Encontré unas tiras de tejido adheridas a los troncos espinosos que formaban el tupido matorral. Las desprendí y las guardé en una bolsa. El asesino, o quien depositara el cuerpo en ese solar, había seguido la trayectoria más directa desde el borde de la calzada. Regresé sobre mis pasos y rodeé el cadáver por el lado más alejado de la calle. Había unas plantas con flores de pétalos blancos y estambres amarillos y otras de hojas azuladas y flores de un amarillo muy vivo formando ramilletes. Las más abundantes tenían tallos erectos de casi un metro de altura, rematados con flores pequeñas de color rosa pálido. Aparte de las flores no encontré nada digno de mención. Garrapateé unas pocas cosas en mi libreta y le pregunté a los patrulleros si había algún testigo.

—Fue ese muchacho el que encontró el cuerpo —dijo el policía de mayor edad, señalando al chico mofletudo que nos miraba con ojos inexpresivos—. Le avisó a la madre y la mujer llamó al 911.

—Los forenses están llegando —comentó el otro patrullero, que tenía el aspecto de haber dormido mal.

La furgoneta del equipo forense se detuvo detrás del patrullero. Los técnicos avanzaron con sus blancos atuendos espaciales por la calle Humanity. Marlon y yo nos repartimos las casas próximas para entrevistar a los vecinos. Nos reencontramos junto al patrullero después de un cuarto de hora. Nadie había visto ni oído nada. En estos barrios, los vecinos padecen de una ceguera y una sordera temporal muy convenientes. Saben que es saludable de mantener la boca cerrada.

Ollie 'Olor de Muerto' Montegut, el médico forense, había inspeccionado el cadáver y se estaba despojando de los guantes. Ollie es un

blanco delgado de mediana estatura, ojos muy azules y espalda con una ligera escoliosis. Anda por los cincuenta, con tres hijos y tres matrimonios a cuesta. Nos soltó su verborrea de costumbre.

—Según la temperatura corporal, la nubosidad de las pupilas y el rigor mortis, este tipo estaba vivo hace ocho o nueve horas. La muerte se produjo por privación de sangre y de presión sanguínea en el cerebro. Fue una muerte rápida, señores. Cuando se cortan las venas grandes del cuello el aire puede ser aspirado hacia el corazón, donde se convierte en una espuma que forma un bloqueo de vapor y evita que el corazón bombee sangre. La víctima muere en veinte o veinticinco segundos.

Me preguntó si podían levantar el cuerpo y le dije que era todo suyo. Entonces escuché el móvil. Era Gary El Lento.

—Greg, detuvimos a un tipo que se apareció por aquí hace diez minutos a confesar que había asesinado a un hombre y que arrojó el cadáver en ese solar de Gentilly Terrace. El tipo parece estar cuerdo. Ven para el Departamento tan pronto terminen ahí.

Que alguien confiese un crimen en Nueva Orleans es noticia. La probabilidad de resolver un asesinato en esta ciudad es la segunda más baja del país, después de Chicago. Solo en uno de tres casos de asesinatos identificamos y atrapamos al culpable. Hay un montón de asesinos sueltos por ahí jactándose de ser más inteligentes que la policía. Es deprimente. A veces me apena decir que soy oficial de la Brigada de Homicidios.

Camino del Departamento paramos a tomar un café. Marlon pidió un espresso y yo un cappuccino. Los acompañamos con pralinés de jarabe y avellanas. Marlon se empeñó en pagar.

Dejé a Marlon redactando el informe y fui a la oficina del capitán Gary Beck. El Lento tiene cincuenta y cinco años y la lobreguez facial de Sídney Poitier. Yo soy un mulato con partes más o menos iguales de sangre de negros y caucásicos entremezcladas y tengo un notable parecido con Lenny Kravitz —eso aseguran algunas de mis admiradoras—.

De Kravitz me diferencian los cuarenta millones que tiene en el banco, sus cuatro premios Grammy y los ojos: él los tiene marrones, yo verdes.

Cuando se inició en el Cuerpo, el novato Gary Beck se quedaba sentado en el carro patrullero todo el turno, no se bajaba ni a poner una multa. Eso le ganó el apodo de Gary-culo-de-asiento. Lo de «lento» le viene del tiempo que le toma entender algunas cosas más o menos obvias para el común de los mortales. Después de patrullero, pasó unos años en la Brigada de Narcóticos y apareció en la Brigada de Homicidios con los grados de capitán. Un año antes de entrar en Homicidios, El Lento y otro oficial de Narcóticos estuvieron involucrados en un caso muy sucio. El otro oficial le metió un balazo en la cabeza a un adolescente de trece años que conducía a unas pocas cuadras de su casa en Florida Área. Al parecer, lo confundieron con el padre, de quien sospechaban que traficaba cocaína.

En el informe registraron que le dispararon porque el chico les echó el auto encima cuando intentaron detenerlo. Un testigo que contó una historia diferente fue descalificado por ser una persona con antecedentes penales. Nadie entendió cómo fue posible la confusión, siendo padre e hijo tan diferentes en estatura y corpulencia. El chico murió y esa noche arrestaron al padre por supuesto tráfico de drogas. El tipo protestó que le habían plantado las drogas en su casa. Ni El Lento ni su compañero enfrentaron cargos por la muerte del adolescente. Los colegas de Asuntos Internos calificaron la muerte de accidental y alegaron que no hubo imprudencia en la acción policial. En parte era culpa del padre, añadieron, porque el chico no debía estar en ese auto, no tenía la edad legal para conducir. Sí para morir. El Lento es renuente a discutir el asunto. Ahora le faltan dos o tres años para acogerse al retiro.

El Lento me pasó una hoja con la confesión del detenido. Contaba por qué, cómo y dónde había asesinado a Jean-Baptiste Delisle. La firmaba Darnell White.

—Una pena ese chico —dijo El Lento.

Darnell era un afroamericano delgado de buena estatura que se movía con precaución, no muy seguro de a dónde irían a parar sus largas extremidades. Cuando entré en la celda de detención estaba terminando su *Sourdough King*,[2] uno de mis sándwiches favoritos. Darnell tragó el último bocado y se limpió la boca con una servilleta. Entonces bebió el resto de la soda y carraspeó.

—Hola, Darnell, ¿quieres contarme qué pasó entre tú y Jean-Baptiste?

Se cercioró de que no quedaba más soda en la lata y suspiró.

—Jean-Baptiste es un sacerdote vudú —comenzó. Hablaba en presente, como si el susodicho no hubiera pasado ya al otro lado—. Lo conocí hace seis meses, en el Southern Decadence.

Una nota de vergüenza le sombreó el rostro. El Southern Decadence es el evento gay más grande en Nueva Orleans. Empezó hace más de cuarenta años como una fiesta de amigos y ahora atrae a doscientos mil mortales de este país y de muchos países, la mayoría gais y lesbianas —y genera doscientos cincuenta millones en ingresos por turismo—. Tiene eventos tan ilustres como el concurso de la gran polla y el del culo caliente, en el que participan estrellas porno invitadas que follan en vivo en el escenario. Espectáculos dignos para engrandecer el buen nombre y la excelente reputación de nuestra ciudad.

—Yo estaba sin trabajo y no tenía dónde dormir y Jean-Baptiste me invitó a su casa. No me dijo que estaba en eso del vudú, pero cuando fuimos a su casa vi que tenía un cuarto con esas cosas.

Describió la habitación como si la estuviera viendo en ese momento: un altar adornado con flores donde reposaba un cuenco con tierra y un sable en torno a la figura de un dios —Ogún, aseguró—. Una mesa cubierta por una tela blanca y encima un cristal, una vela blanca y otra naranja, incienso, un tazón de vidrio con agua y otro para la comida. Cuadros con imágenes de santos católicos. Muchos collares

2 Sándwich hecho con carne de res asada a la parrilla, queso americano derretido, tocino, cebollas recién cortadas y una salsa especialidad de la casa, servido en pan de masa fermentada.

multicolores y algunas cruces de madera. Muñecas y huesos humanos. Bolsas de tela usadas como resguardos.

—Esa noche tuvimos relaciones —dijo, en voz muy baja—.

Después ya no me fui de su casa. Jean-Baptiste me mantenía, me hacía regalos y me daba dinero. Él le cobraba a la gente por sus hechizos. Nunca había tenido tanto dinero en mi vida. En la casa, Jean-Baptiste se vestía como una mujer y le gustaba decir que estábamos casados. Yo no le contradecía, pero pensaba dejarlo cuando encontrara un trabajo.

Preguntó si podía fumar. Le ofrecí un cigarrillo y el encendedor. Inhaló una gran bocanada y dejó escapar el humo por la nariz.

—No me gustaba ese ambiente, las hechicerías, los sacrificios de animales. Hace una semana conocí a Henrieta, una chica que trabaja en una cafetería del barrio. El dueño es un tío suyo que peleó en Iraq y regresó con un brazo de menos. El tío se empeñó en ser el cocinero y por eso la comida es una mierda. Nunca vi a un cocinero manco en mi vida. La carne siempre está dura o muy cocinada, pero las porciones de frijoles rojos y el arroz son abundantes. Los postres sí son buenos, porque se los compra a una pariente que sabe de cocina. Henrieta me dijo que necesitaban un ayudante en el restaurante y que, si yo quería, podía irme a vivir con ella y con su madre.

Se inclinó hacia adelante y encorvó los hombros.

—Anoche Jean-Baptiste fue a buscar tierra al cementerio. Cuando regresó, le dije que me iba a la casa de Henrieta. Ahí se puso a gritarme que yo era un ingrato, que no podía abandonarlo. Él tenía una jarra donde guardaba unas uñas y unos cabellos que me cortó cuando me inició en ese culto. Esa jarra la tenía cerca de esa imagen de Ogún. Dijo que, si lo abandonaba, él se iba a apoderar de mi alma. «Quédate tranquilo si no quieres que te mate con unos polvos», me amenazó. Empecé a recoger mis cosas y cuando estaba terminando de empacar, Jean-Baptiste se apareció en el cuarto con una bolsa y amenazó con tirarme ese polvo encima.

—¿Qué pasó entonces? —pregunté.

—Cogí el machete que guardaba debajo del colchón y le di un tajo cuando se acercó. No quería matarlo, solo cortarlo en el brazo, o en la mano, para que no pudiera echarme ese polvo.

Su voz estaba dominada por la resignación.

—¿De verdad creíste que podía hacerte daño con ese polvo?

Agarró con fuerza la lata vacía y la estrujó. Su respiración se aceleró y casi cayó de la silla cuando escuchó el chirrido de la puerta al abrirse. El Lento asomó su cabezota y me miró con aire dubitativo. Le hice señas para que nos dejara tranquilos y desapareció.

—Jean-Baptiste es muy poderoso —prosiguió—. Una vez cogió una vasija con agua limpia, invocó a Ogún, y al rato apareció en el agua la cara de la persona a la que quería hacerle un daño. Entonces cogió el cuchillo y apuñaló la imagen y el agua se puso roja. Yo lo vi con mis propios ojos. Esa es una ceremonia muy secreta, pero por esa relación que teníamos, Jean-Baptiste aceptó que estuviera presente. Luego supe que a ese hombre lo asesinaron por un asunto de drogas.

Colocó las manos con las palmas abiertas sobre sus muslos y acomodó sus largas piernas debajo de la mesa.

—Señor, ese polvo sirve para hacer daño. Si la persona a la que se quiere hacer mal lo toca, ahí mismo se muere. No podía dejar que Jean-Baptiste me echara ese polvo encima.

Su voz se arrastró en un murmullo, como aplastada por pensamientos terroríficos. Dijo que Jean-Baptiste se llevó una mano a la herida y que la sangre brotó con fuerza durante quince o veinte segundos, hasta empapar la cama y el piso y salpicar su ropa; entonces fluyó con lentitud hasta derramarse en las venas yugulares. Describió su reacción inicial como estar entumecido, incapaz de moverse. Solo cuando Jean-Baptiste dejó de respirar y sacudirse, decidió escapar. Se cambió de ropa y cubrió el cadáver con una sábana.

—Ya iba saliendo cuando escuché su voz. «No me dejes aquí», eso dijo. Me quedé paralizado de terror. Regresé al cuarto, aparté la sábana y Jean-Baptiste me miraba con sus ojos muy abiertos. Pero estaba muerto.

Entonces envolvió el cuerpo en la misma sábana ensangrentada y lo metió en la cajuela del auto.

—Pensé que estaría mejor si lo dejaba en ese solar donde ustedes lo encontraron. Algunas veces me llevó allí para enseñarme las plantas que utilizaba en sus trabajos. Ruda, pachulí, sanguinaria. Sirven para protegerse del mal de ojo y para vencer maleficios y hechizos que te hayan echado.

Después que dejó el cadáver, estuvo dando vueltas por la ciudad hasta que le venció el cansancio. Fue cuando decidió confesar su crimen y entregarse. El capitán le anticipó que, si se llegaba a un acuerdo con el fiscal por asesinato en segundo grado, saldría con quince años.

Le deseé buena suerte, salí de la sala y fui donde El Lento.

—Si de verdad creía que ese tipo iba a hacerle daño, podría alegar que lo mató en defensa propia —dijo.

Le respondí que Darnell iba a necesitar un buen abogado y que tanto ajetreo me había abierto el apetito.

Llamé un taxi para que me llevara al Bistrot Creole de Lena DuVernay; una linda mulata de ojos verdes con ascendencia francesa y española. El Bistrot Creole sirve los mejores po'boys[3] del distrito. Abrí el diario olvidado sobre la mesa. Una noticia en la segunda página se refería al inicio de la ofensiva iraquí contra las posiciones del Estado Islámico en Mosul. La foto mostraba una fila de blindados T-72 del ejército iraquí, un blindado de manufactura soviética, luego rusa y por último iraquí, bajo licencia. Le llaman León de Babilonia.

Una imagen puede desencadenar un recuerdo enterrado y recordar un momento preciso en el tiempo mucho más rápido que las palabras. De repente me vi trece años atrás, otro 21 de marzo, cumpliendo los veintidós y acantonado con las fuerzas de la coalición en Kuwait. Pasé la noche despierto, escuchando los ruidos que hace la gente cuando

3 Típico emparedado en pan baguette compuesto de marisco o pescado rebozado, o carne. También con camarones fritos, cangrejos, salchicha de Luisiana, pollo frito, jamón al horno, pato y conejo. Se unta con mayonesa y kétchup y suele llevar lechuga, tomate y pepinillo.

duerme, preguntándome si tendría otro cumpleaños. Salimos antes del amanecer detrás de una columna de tanques Abrams, con silencio total de la radio. En un punto la división se separó; un grupo se dirigió al este y nosotros seguimos con el grueso de la columna en dirección a Nasiriya. Mi unidad tenía la misión de ocupar dos puentes principales. El sol estaba adornando el cielo con pálidas vetas rosadas y luego de un color como la sangre cuando divisamos la ciudad. Fue como una anticipación cósmica de lo que vendría.

Esos minutos antes de la batalla suelen ser los peores. Te sientes inseguro y alerta, y absolutamente solo. Te preguntas si tu rifle va a funcionar bien, si vas a cagarte de miedo y entrar en pánico, si aguantarás callado el dolor. Sabes que tienes un rifle diseñado para matar y que al otro lado hay gente con rifles diseñados para matar que planean matarte y quieres estar seguro de que no eres el que va a morir. Todavía no sabes que no hay nada glorioso en combatir. Pero al menos sabes que no hay otras opciones. Se trata de matar o morir.

Al adentrarnos en la plaza nos dispararon desde los techos, las puertas y los callejones. Brian, el artillero de nuestro Humvee, fue alcanzado en la cabeza y su sangre y materia gris nos salpicó dentro del vehículo. Ya estaba muerto cuando llegamos a la torreta. Abandonamos el vehículo y entré en el edificio más próximo. Le disparé al primer cuerpo que ingresó por una puerta lateral a mi derecha. Le atiné en el pecho con la ráfaga de tres proyectiles y el muyahidín dejó caer su fusil y se derrumbó con un quejido. Todo sucedió muy rápido. «¡Dios, maté a un ser humano!», pensé. Pero no podía sentarme a meditar en lo que había hecho, porque me estaban disparando. Es cierto que, a menos que seas un psicópata, hay en tu interior una profunda reticencia a matar a otro ser humano. En el pelotón hablábamos de matar a esos extremistas hijos de puta, pero luego evitábamos confesar que habíamos matado. Es difícil estar orgulloso de matar a otra persona.

Entré en otras habitaciones, encontré objetos domésticos desparramados en el piso, mujeres sollozando que me miraron con ojos